

Juntos pa' las que sea

Gloria Chaves Valbuena – Psicóloga con maestría en Educación y Desarrollo Comunitario

La banda, la tribu, la gallada, el parche o la más reciente “escena” son los nombres que toma lo que para sociólogos, antropólogos y psicólogos es un fenómeno a estudiar y que para los jóvenes no es sino la forma de recomponer el lazo social, que parece estar definitivamente roto en los tiempos actuales.

Las instituciones tradicionales en el arte de conformar tejido social (la familia, la escuela, el estado, la iglesia) no parecen ser ya referentes suficientes para que un joven sienta que pertenece a un grupo o a una comunidad.

El consumismo capitalista –como forma de ejercicio del poder– nos impone un modelo de vida individualista y competitivo y una forma perversa de lazo social: “consumo, luego existo”, consumo luego hago parte de la sociedad. Consumir, agotar, desgastar lo existente para quedar vacíos y empezar de nuevo. Y ese vacío que queda luego de consumir hasta agotar la “despensa” es la materia prima con la que trabaja el mercado para relanzar más objetos, *cachivaches* y *engañifas* con los que se pretende suplantar el sentimiento de común-unidad, la necesidad primaria e inherente al ser humano de “estar con el otro”. El camino para resolver esas necesidades consumistas está lleno de exclusiones y violencias.

Los jóvenes se debaten entonces entre el bombardeo de infinitos objetos que ofrece el mercado (ropa, música, tecnología, drogas, sexo) y la imperiosa necesidad de estar con el otro, con “su gente”. En la medida en que el joven pueda obtener objetos para satisfacer sus múltiples deseos exacerbados por el mercado, menos sentirá la necesidad de vinculación social. Entre más tenemos “resueltas” las necesidades, menos necesitamos del otro. Fíjese cómo en los estratos altos no parecen ser necesarios las tantas organizaciones y procesos comunitarios que proliferan en los estratos bajos.

Los jóvenes parecen más resistentes a la individualización y al deterioro del lazo social que promueve el consumismo. Los jóvenes se asocian en todos los estratos, en todas las condiciones y por cualquier motivo: la música, el toque, el pase, la vuelta. Y hasta el sólo hecho de *parchar* –estar ahí y saber que se está con el otro– son razones suficientes para formar grupo. El mundo juvenil se constituye en símbolo de la colectividad.

Prueba de que los jóvenes no saben, no quieren o no aceptan estar solos, son los estrechos y a veces indisolubles lazos que conforman entre sí aunque no sea más que “para cambiar un bombillo”, como anota Andrés López en su *Pelota de letras*. El lema es

Vamos juntos... La imposibilidad de los jóvenes para aceptar la vida en soledad es, en el fondo, la causa más frecuente del ascendente nivel de suicidios.

Las múltiples formas en que los jóvenes se juntan hoy, si bien no son nuevas, sí constituyen formas legítimas de responder y hasta desafiar los imperativos neocapitalistas de disolución de la organización social y la amenaza de enfrentarnos al mundo completamente solos. Formas de organización que se resisten a las constantes embestidas del mercado para volver mercancía la tribu, el parche, la gallada, la escena, como pasó con el hippismo. La amistad, el amor, la solidaridad se revalidan así como el principal vínculo entre los jóvenes y como una forma esencial de construirse como seres humanos solidarios, de ser y de estar en un mundo colectivo, en una común-unidad.